una parte siempre menor la Muerte. ¿Quién honradamente nos puede rehusar su concurso y su ayuda?

Nosotros decimos á los padres y á las madres: «Educad virilmente á vuestros hijos, pero que no sea un instrumento homicida el primer juguete que ponéis en sus manos, que no sea la ficción de los estragos el primer recreo de su fantasía, porque es un demasiado viejo y funesto error el de secundar en un niño el instinto de la ferocidad, creyendo educarlo en el valor reflexivo y generoso del hombre civilizado.»

Decimos á los jóvenes de todos los países: «Amad la patria, pero que vuestro amor patriótico esté animado por un más sabio y amplio amor, que en cada pueblo nos haga honrar las virtudes y bendecir su fortuna como las de un necesario aliado, en la eterna lucha por la existencia y por la civilización en que combatimos todos con la naturaleza; y que no sea aquel otro amor hinchado de orgullo, enrojecido por los celos, que se agiganta ante cada sombra, se rebaja á cada anhelo, y tiene necesidad de excitarse con el odio—el más injusto, el más ingrato de los odios,—aquel que alcanza

y abraza á millones de criaturas humanas desconocidas é inocentes.»

Decimos á aquellos á quienes está confiada la defensa nacional: «Bello es tener el ánimo dispuesto al supremo sacrificio por la patria, noble la ambición de merecer su gratitud, pero que ninguna ambición os mueva á desear la guerra por la guerra, porque de todos los excesos del egoísmo, éste es el más horrendo; y quien lo acoge en el corazón, no es ya el defensor de su propio país, sino el sanguinario enemigo y doblemente culpable, porque se esconde bajo las insignias y uniformes de sus más predilectos hijos.»

Decimos á los profesores y á los educadores: «Inspirad á los jóvenes la admiración de las grandezas antiguas, pero no confundáis en una misma admiración las almas grandes y las de los aventureros afortunados, porque es pervertir en la juventud el sentimiento de la justicia; no los acostumbréis á considerar la matanza de los pueblos como la de los hormigueros que se pisan al pasar, porque será agotar en ellos las fuentes de la compasión; no inculquéis en ellos el concepto de la necesidad fatal de la guerra, porque es extirpar en ellos la fe en la

civilización é inducirles al desprecio de la raza humana; no les digáis que las fuerzas morales de los pueblos no se templan sino con el hierro y con el fuego, porque ahí están el trabajo, la ciencia, la caridad, la miseria y el dolor que os gritan:—Nos bastamos para hacer héroes y mártires sobre la tierra,—y cada día os muestran una verdadera legión.»

Decimos, por último, á los creyentes: «¿Qué cosa es la Religión, que no sólo no predica la paz, sino que pide á Dios que se derramen torrentes de sangre, y le da gracias mientras está la sangre todavía humeando? Venid con nosotros, si es verdad que lleváis en el alma el amor y el perdón; levantad la voz por nuestra causa, si no renegáis de Jesucristo cuando invocáis su reino en la tierra.»

Esto decimos nosotros: y para conseguir el alto fin, tenemos una fe profunda en el poder de la palabra, razonada y desapasionada, infatigablemente repetida y difundida desde la escuela al taller, desde la Iglesia á los Ateneos, desde las oficinas á los hogares, gritando en todas las lenguas y en todas las fronteras, primeramente miles, después millones de voces, hasta que sea tan

formidable el rumor, que haga caer de la mano la empuñadura de la espada despiadada y el hacha infame.

¡Es un sueño! nos gritan, y bien, sí, es un sueño; pero como aquél que tras de la furia de los odios y de las guerras civiles, cuando Italia era toda pedazos sanguinolentos, debían alimentar nuestros antepasados, mostrando en el porvenir como un prodigio increíble, que todas aquellas fronteras desaparecerían, todas aquellas iras se apagarían, todos aquellos implacables fratricidios se desarmarían, y que todos los italianos se reunirían alrededor de una sola bandera.

Pues bien: el sueño de hoy se cumplirá como se ha cumplido el de entonces.

Sí; soplad en la llama de la vanidad patriótica; reavivad los recientes y antiguos rencores; alzad barreras aduaneras; cubrid de fortalezas los confines: ¡contra los grandes ríos que corren á mezclarse en el Océano, no hay dique que imponga impedimento alguno! Los pueblos civilizados van unos hacia otros, empujados por una fuerza á la cual nada resiste; reconocen poco á poco, como más imaginarias que reales, las repetidas aversiones de raza, el

antagonismo de los intereses, y confunden ideas, usos, costumbres, trabajo, arte, sangre, yendo con rapidez tan maravillosa multiplicando y apretando entre sí, bajo el impulso de las necesidades crecientes, los vínculos de la vida, que la idea de romperlos con la espada por cualquier causa, parecerá dentro de poco tan absurda y abominable como la de resolver las cuestiones internas de una nación lanzando unas contra otras sus provincias, encendidas por furores salvajes de la Edad Media.

Esta es la fe de todos nosotros; fuerza y confortación divinas de nuestra alma; fe que ni siquiera sería en lo más mínimo disminuída, aunque una gigantesca guerra europea estallase mañana mismo.

En cuanto á mí, tengo todavía otra idea que á los más de vosotros parecerá ilusión.

Creo que la idea de la paz ha recorrido ya, por efecto de fuerzas extrañas á vuestra propaganda, un camino bastante mayor de aquel que nos parece á nosotros mismos; bastante mayor del que el orgullo herido de un gran pueblo puede consentir que se afirme. Creo que las cuestiones internacionales, que son hoy un peligro, tendrán una solución lejana, pero pacífica,

comprendidas en una mutación general de cosas.

Creo también que á las muchedumbres innumerables que piden alimento, vida intelectual, justicia, no se les responderá mandándolas como ganado al matadero; después de lo cual, para preparar nuevas conquistas y nuevas defensas, se volvería á empezar por tenerlos hambrientos, más despiadadamente que antes. Creo que este execrable exterminio de pueblos, del cual huye la imaginación horrorizada, y que hace veinte años pende sobre nuestras cabezas como una maldición de Dios, no seguirá; que la aurora del vigésimo siglo no se levantará sobre esta vergüenza del mundo.

Yo lo creo; vosotros acaso lo esperáis: ¡alcemos, pues, juntos los vasos y saludemos como un corazón solo y con un solo *viva,* esta santa esperanza!

VI.—La guerra educadora.

Dijo el general Moltke que la guerra desenvuelve en el corazón humano sentimientos nobles.

Se puede decir lo mismo de todas las grandes calamidades públicas, incluso de

ésta. A propósito de la peste de Milán, dice Alejandro Manzoni que en el público infortunio y en la larga perturbación de cualquier orden que sea, se ve siempre un aumento, una sublimación de virtudes; pero sin embargo, añade, no falta nunca un aumento, y de ordinario mucho más general, de perversidad.

El juicio de Moltke, por consiguiente, no expresa mas que una verdad á medias, menos que media verdad. Que muchos concuerden con aquel juicio, se deriva de ser considerada como exacta la definición de que la guerra es un duelo entre dos pueblos; mientras que es falsísima dicha definición, porque en la mayor parte de los actos y de los procedimientos reputados como legítimos en la guerra, no hay sombra ni asomo de sentimiento ni de concepto caballerescos, en los cuales se informa el desafío entre los hombres de honor. La guerra, ciertamente, ofrece á los valientes y á los generosos muchas ocasiones de demostrar con pruebas honradas la propia virtud, y muchas de esas acciones individuales se muestran en todas las guerras llevadas á cabo, hasta por la parte que combate por una causa inicua.

Pero estos hechos que llevan á cabo únicamente hombres fuertes y nobles, no son sino pequeños y raros episodios: no son la guerra.

Cuando se combate al enemigo (como se trata de hacerlo siempre) con dobles elementos numéricos de fuerza y con todas aquellas ventajas de las armas, del tiempo y del terreno, que dan la certidumbre absoluta de la victoria, como la del hombre que luchara con un chiquillo; cuando desde una altura conquistada se *ametralla* con vivísimo fuego al montón de los que huyen, de los cuales no se ve sino las espaldas; cuando, guiados por el espionaje y la traición, se asalta en las tinieblas y durante las horas de sueño un campamento mal guardado, y allí se siembra la muerte, antes que se pueda intentar siquiera un principio de resistencia; cuando se cae inesperadamente mil contra ciento sobre un convoy de víveres, se destroza la escolta y se apresa el convoy, dejando hambrientos á miles de hombres que se batieron quizás heroicamente el día anterior; cuando desde lejos muchos miles y sin peligro arrojan sobre una ciudad nubes de hierro y de fuego y se mutilan monumentos de arte, seculares,

bibliotecas y edificios de utilidad pública, y se extermina en sus lechos mujeres, ancianos y niños, enfermos y heridos; cuando á los ciudadanos de una población, desarmados, se les arrebata, con las armas en la mano, restos de dinero, á quienes después de haberse empobrecido por la patria, procuraban intentar el último sacrificio; cuando hasta por necesidad, y sin ferocidad, se invade la casa particular, se arrastra prisionera en rehenes á la familia atemorizada y temblando, y se les arrebatan los comestibles y los animales, y se devastan los campos á los colonos hambrientos y suplicantes; cuando, estando ocultos tras de los muros ó de los setos, se mata por la espalda á los exploradores solitarios ó se fusilan ciudadanos por el solo hecho de haber defendido la patria sin vestirse de uniforme, ó se dispara por detrás á los prisioneros inermes y cansados que procuran escaparse; cuando se hace todo esto—y se hace continuamente, en todas las guerras—¿cuáles son *los sentimientos nobles que se pueden desenvolver en el corazón humano?*

La verdad es que para hacer todo esto, como es preciso hacerlo, vigorosamente, se necesita sofocar, por el contrario, en

el humano corazón, todos aquellos sentimientos.

Bastaría para probarlo, entre millares de ejemplos, el siguiente: que un escritor conocido en Europa, y nada sospechoso de animadversión hacia Alemania, ha observado que los obreros que afluyeron á Berlín en aquel breve período de prosperidad fastuosa y ficticia que sucedió á la guerra con Francia, experimentaron un gran cambio, ante el cual él se pregunta á sí mismo: «Si ellos habían conservado en el fondo de su nervio visual la imagen de los hombres muertos y de las ciudades incendiadas; porque se habían hecho violentos y pendencieros, indiferentes á las heridas y á los homicidios y fáciles para servirse á cada paso del cuchillo».

Pero, ¿qué más? El mismo general Moltke nos da una prueba en el apéndice á su *Historia de la guerra franco-prusiana,* con una frase que quizás él no hubiera escrito si, cuando vino á la punta de su pluma, hubiera venido á su imaginación al mismo tiempo el juicio más arriba citado. Es la página donde habla de su encuentro con el Príncipe de Bismarck en el campo de Sadowa, cubierto de cadáveres despedaza-

dos y de heridos encharcados en la sangre, en el momento en que, llegando el cuerpo de ejército del Príncipe heredero, Moltke escribe:

«*Nosotros galopábamos alegremente á través de estos campos, sin mirar los horrores que por todas partes se nos ofrecían.*»

¡Tal efecto había producido en su corazón, bueno de naturaleza, sin embargo, la guerra: esa guerra que despierta en el espíritu humano sentimientos nobles!

VII.—La guerra y la mentira.

Podría escribirse un libro útil que demostrase cuántas mentiras se dicen y ponen en curso durante una guerra; cuántas leyendas absurdas crea la ambición de los individuos, el orgullo nacional crédulo, la condescendencia de la Prensa interesada en adularlo, y la ignorancia infantil de las muchedumbres. Ni siquiera bajo este concepto sirve la guerra para *elevar los caracteres,* pues que alrededor de un pequeño número de héroes, y de un número mayor de combatientes valerosos pero no heroicos, surge un número grandísimo de charlatanes

y de jactanciosos y de sus cómplices conscientes ó cándidos, que ofrecen todos juntos á quien conserva sereno el espíritu, uno de los espectáculos más dignos de compasión que puede presentar de sí misma la naturaleza humana.

Y no hablemos de los héroes, que no habiendo tomado parte en ningún hecho de armas, afirman dentro de un cierto número de años, cuando se han confundido los recuerdos de los acontecimientos, de *haber visto el fuego* de todas las batallas; ni de aquellos otros que, no habiendo estado en un combate mas que como espectadores, fuera del peligro, se envanecen pasado cierto tiempo de haber tomado parte vivísima en aquella campaña, y después, entre su propia familia, entre sus amigos y en el público en general, despiertan una consideración que no se merecen. Pero de aquellos mismos que combatieron y arriesgaron su vida de verdad, ¡cuántos mienten los sentimientos que han experimentado, cómo agrandan los actos propios y ajenos y dan como verdadero lo que es pura fantasía! Se tiene la prueba de ello en la diversidad grandísima y en las contradicciones enormes que se encuentran en las narraciones de los mismos

que asistieron al mismo hecho de armas, no ya muchos años pasados, sino pocos días después que aquél se realizó.

Ciertamente que hay hombres de temple casi superior á la naturaleza humana, que dan ejemplo ante los peligros supremos de una tranquilidad de ánimo maravillosa, que ejecutan actos y pronuncian palabras, hasta al morir, dignas de la admiración de un pueblo. Pero son en realidad raras excepciones, y nunca son muchos, sino que la imaginación ambiciosa los multiplica. De diez veces, nueve, aquellas frecuentes descripciones de gentes que no parpadean ni se extremecen bajo la lluvia de las balas, que bromean acerca de los propios miembros destrozados y que expiran gritando ¡viva! son purísima fábula; las cuales hasta se han exagerado las más de las veces, llegando aun á inventar cosas tan impudentes y pueriles, que hacen reir ó asomar el desprecio en los labios de cualquiera que haya estado una sola vez en el campo de batalla.

Así, hace poco hemos leído un combate en el cual, mientras la muerte diezmaba las compañías, una fila de combatientes producía tal alegría, *que era un verdadero Carnaval;* y *un* oficial que, medio ahogado en un

pantano, mató á no sé cuántos y puso en fuga al resto de un piquete enemigo; y de *tres soldados* que prendieron á 100, y otros tantos y tales prodigios! Hasta que cierto valiente oficial levantó la voz para que se pusiese término por respetos al sentimiento de la dignidad nacional á la fabricación de semejantes leyendas.

En todos los países, durante todas las guerras sucede lo mismo, y acaso más en las guerras desgraciadas que en las victoriosas, por una razón fácil de comprender; cuyo hecho hasta puede hacer dudar de la verdad de la sentencia que «las derrotas templan los pueblos enorgullecidos, reconduciéndolos á la justa apreciación del propio valer». Ni esta es la última causa de la persistencia de un aventurero y provocativo espíritu belicoso en gran número de hombres que no vieron jamás la guerra más que en los cuadros; es decir, un santo fanatismo creado en ellos por las mentiras convencionales y tradicionales de la guerra misma, por la facilidad del heroísmo y la multiplicidad de los héroes: concepto fatalísimo que se comunica y se transmite en todos los escritos históricos, apologéticos y poéticos relativos á la guerra, en todos los cuales se